



La tarea educativa

¿Cómo nos disponemos a la tarea educativa?

Este es un tema que permanentemente está en mi mente y sobre el cual me parece necesario meditar una y otra vez. Aunque no lo hayamos elaborado de manera consciente, tenemos una forma de abordar nuestra tarea en el aula, y la misma, creo, es esencial para que los objetivos de la educación sean cumplidos.

Traigo, en primer lugar, la palabra transparente de Ernesto Sábato:

“Hay que forzar al discípulo a plantearse que no sabe, y que en general no sabemos, para prepararlo no sólo para la investigación y la ciencia, sino para la sabiduría, pues, el hombre culto es alguien que sabe que no sabe... es aquel de la antigua y noble docta *ignorantia*... el que intuye que la realidad es infinitamente más vasta que lo que nuestra ciencia domina.

El saber y la cultura son, a la vez, una tradición y una renovación, de tal modo que, en algún momento, el discípulo debe convertirse en renovador, momento en que el maestro genuinamente grande habrá de revelar su suprema calidad, aceptando ese germen creador que tan a menudo surge en las mentes juveniles, no sólo porque son más frescas, sino porque son más audaces.”

Se expresan aquí dos aspectos infaltables en nuestra labor: lo inacabado del conocimiento y la tensión entre lo viejo y lo nuevo. Ambos puntos de apoyo motivan tanto a docentes como a estudiantes en sus aspiraciones, sin tener en cuenta los contenidos a ser discutidos en el aula.

En este sentido, y respecto a la ciencia que enseñamos en particular, es preciso que nos preguntemos sobre nuestra estimación acerca del papel de las Ciencias Biológicas en el concierto de la cultura en general. Desde este lugar, será nuestra mirada. Para tal fin, me asisto de parte del prólogo del clásico libro *El Azar y la Necesidad* de Jacques Monod:

“La Biología ocupa, entre las ciencias, un lugar a la vez marginal y central. Marginal en cuanto que el mundo viviente no constituye más que una parte ínfima y muy ‘especial’ del universo conocido, de suerte que el estudio de los seres vivos no parece poder lograr jamás la revelación de unas leyes generales, aplicables fuera de la biósfera. Pero si la ambición última de la ciencia entera es fundamentalmente, como creo, dilucidar la relación del hombre con el universo, entonces es justo reconocer a la Biología un lugar central puesto que es, entre todas las disciplinas, la que intenta ir más directamente al centro de los problemas que se deben haber resuelto antes de poder proponer el de la “naturaleza humana”, en unos términos que no sean metafísicos.

Así, la Biología es, para el hombre, la más significativa de todas las ciencias; es la que ha contribuido ya, sin duda, más que ninguna otra, a la formación del pensamiento moderno, profundamente cambiado y definitivamente marcado en todos los terrenos: filosófico, religioso y político, por el advenimiento de la teoría de la Evolución.”

Otra cuestión indispensable a tener siempre presente es que no hay dicotomía entre el saber académico y el saber popular, sino que ambos, irremediabilmente, se nutren entre sí. Cuento en esta instancia algo que le sucedió a un colega botánico europeo, pero sin dar sus señas... Este reconocido investigador, describió una nueva especie para la ciencia dentro de las Leguminosas (la familia de la soja) y la ubicó en el género de los porotos (*Phaseolus*). Posteriores estudios llevados a cabo por otros especialistas, determinaron que se trataba de una nueva especie, pero que pertenecía al género del garbanzo (*Cicer*) por lo que hicieron la transferencia correspondiente. Mi colega, entonces, me comentó no sin pesar, que, aunque lo había escrito en su publicación, había desestimado el nombre vulgar que le daban a esta planta la gente del lugar donde habitaba: “garbancillo”!

Finalmente, lo más complejo de enunciar: nuestra posición interior frente al trabajo cotidiano. Esto vale para cualquiera que éste sea, pero es más ostensible en la educación. Apelo para ello a una historia atribuida al escritor Charles Peguy, quién iba en un peregrinaje a la catedral de Chartres. En el camino encontró a un hombre picando piedras, transpirando y furioso.

- Y Ud. que está haciendo?, preguntó el escritor.

- Y, ya lo ve... pico piedras. Tengo sed, me duele la espalda, perdí todo... soy una especie

de subespecie humana que hace este trabajo miserable.

Siguió caminando y se encontró con otro hombre picando piedras. Repite la pregunta y éste contesta:

-Yo me gano la vida con este trabajo, estoy relativamente satisfecho.

Finalmente, se encuentra con un tercero que, ante la misma pregunta, le dice:

-“Aca estoy, construyendo una catedral”.

Gabriel Bernardello